

PRIMER PREMIO NARRACIÓN 2017

OJALÁ NACIERA MAÑANA

Nunca me había parado a pensar que mi trabajo fuera algo injusto o tuviera trazas de maldad. Podría decir que desde que el primer ser vivo pisó este mundo, yo comencé a ejercer con mucho gusto y con los ojos cerrados, o quizás, nublados por la codicia que nació junto al Big Bang.

Primero los colores. Luego los humanos. Y algo más tarde, yo, que afirmo ser lo más vivo y presente que existe.

Y después de haber pasado la mitad de la vida que tiene este planeta, sigo viajando por todo el mundo acompañando almas negras y otras algo más inocentes hacia su destino: que será el que cada uno crea que es.

Y aunque lo he hecho millones y millones de veces, he de decir que a veces no resulta nada agradable. A veces no es la hora. A veces me adelanto y me llevo a personas que están aferradas a la vida. Más de lo esperado. Ansiadas por seguir. Y con mucha sangre caliente recorriendo la estructura que los mantiene en pie.

Ahora que misteriosamente tengo un segundo libre, os voy a contar una historia, una de las muchas que me atraviesan el alma cada día porque a veces, a veces...

Azima odiaba esa maldita carrera. Aún no lograba comprender cómo había cometido ese fallo tan brutal. La rutina de mantener contentos a sus padres se había convertido en una obsesión que estaba marcando totalmente el camino incorrecto del futuro con el que siempre había soñado.

Filosofía era un asco, ninguna de las asignaturas se acercaba a parecerle mínimamente interesante y la poca cordura que tenían sus compañeros de clase la sacaba de quicio. Era irritante todo ese ambiente que la rodeaba y todas esas preguntas estúpidas que a menudo debían de rondar por su cabeza para al menos llevarse el cinco en el bolsillo.

Estaba claro que lo de estudiar en verano no estaba dentro de sus planes y que, aunque le costara la vida, sacaría el maldito curso.

Aquella mañana hacía frío, nada raro en esa ciudad, y las primeras hojas estaban empezando a asomar sobre las ramas de los árboles. Pero aunque Alepo se vistiera con la primavera más bonita del mundo, jamás volvería a ser lo que era. La mitad de la

población se había marchado hacia Dios sabe dónde (*seguramente las bombas arrojadas por seres escondidos entre las nubes tuvieron algo que ver*) y la otra mitad salía poco más que a comprar pan y agua. Las plazas y los parques estaban vacíos desde hacía ya demasiados meses y se podía respirar el continuo esfuerzo de las personas por continuar sus vidas como si nada estuviera pasando.

Azima tenía más prisa que de costumbre. Tenía que entregar un trabajo al día siguiente sobre qué era el miedo y ni siquiera se había molestado en toda la semana en ponerle una portada decente al documento.

- ¿El miedo? , ja! ¿Eso que siento cuando no encuentro el móvil? Ah, no, espera. El miedo es esa jodida sensación que tengo cuando pienso en que nunca terminaré esta maldita carrera.

Pero dejando a un lado esta parte un tanto oscura de su rutina, he de decir que esta chica estaba viva. Llena de vida.

A veces cuando sonreía cerraba los ojos, supongo que nunca le gustó ver el poder de su magia. Otras muchas, los abría, los abría como si se le fuera la vida en ello, como si nada se le pudiera escapar.

Llevaba un paraíso bajo las pestañas que ya hubiera querido cualquier infierno arrebatármela y tenía una risa que podría haber hecho llorar a Beethoven si yo no hubiera hecho mi trabajo años atrás.

Tenía también sus pasiones. Cuando no estaba preparando la comida antes de que sus padres llegaran del trabajo o cuando había decidido no quedar con Gamal, su novio, su guitarra se convertía en su mejor amiga y las partituras eran escritas a una velocidad increíble. Mucho más rápido que cualquier trabajo de filosofía, sin ninguna duda.

Era un alma con luz. Mucha luz.

Y sí. Así la pillé. Había decidido dejar todos sus quehaceres para última hora de la tarde y continuar la canción que había empezado a componer semanas atrás: *“Ojalá naciera mañana”*.

Y eso habría deseado cualquiera de las inocentes criaturas que me llevaba a cada segundo de un país como Siria: nacer mañana. Porque mientras en el otro lado del mundo las personas compraban por Zara toda la nueva temporada, yo me dedicaba a reírme de las que se mataban por querer vivir. De todos los relojes que se paraban continuamente. De todas las cunas vacías y de todos los hospitales con más enfermedades que remedios. Del olor a humo. De los rostros tiznados de negro y del silencio infernal que se producía entre el momento del lanzamiento y del impacto. De

las risas cortadas. De las continuas búsquedas y de la poca esperanza que quedaba. De los que huían, de los que se rendían y a menudo, muy a menudo, de los que desgraciadamente no lo conseguían.

Primero me acerqué despacio, junto al sonido de todos esos aviones verde oscuro que hacen temblar a cualquiera.

Desde lejos pude ver cómo corriendo se escondía en el armario, el cual había sido el motivo de sus miedos durante su feliz infancia. ¡Qué irónico!, ¿no creéis? Su mayor temor se convirtió en su refugio en cuestión de segundos.

Dejó la puerta encajada, como queriendo divisar mejor mi llegada, se acurrucó en una esquina abrazando los pocos acordes que habían sobre aquella nueva obra que nunca terminaría y puedo jurar, que fue la primera vez que vi a aquella chica oscurecer tan rápido.

En ese momento el cielo se rompió en millones de pedazos de luz.

Azima soltó una carcajada, pero las lágrimas no tardaron en cubrirle el rostro.

- Ah ... Así que esto es el miedo.

...porque a veces, a veces, hasta la muerte tiene corazón.